

ALFONSO REYES Y LA FILOLOGÍA:  
ENTRE LA *REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA*  
Y LA *NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA*

Cuando uno lee las obras de Alfonso Reyes encuentra en casi todas ellas referencias continuas a sus experiencias vitales, a los lugares en los que estuvo, a las personas con las que se relacionó y a las actividades que realizó. Su etapa madrileña está profusamente recogida en su obra, lo que nos permite conocer de primera mano la ajetreada vida que llevó durante los diez años que el filólogo pasó en España entre 1914 y 1924. Sus memorias nos permiten conocer de cerca cómo era el ambiente literario e intelectual del Madrid de los años diez y veinte del siglo pasado. En este artículo nos vamos a centrar en la actividad filológica que Reyes realizó en el Centro de Estudios Históricos.

Antes de tener que salir de México, Alfonso Reyes aspiraba a convertirse en un catedrático de universidad y, con su nombramiento como profesor de Historia de la Lengua y Literatura española en la Escuela Nacional de Altos Estudios, había comenzado a dar pasos en esa dirección. En París, su primer destino tras salir de México, se relaciona con grandes hispanistas como Marcel Bataillon, pero sobre todo con Foulché-Delbosc. Una vez en Madrid, los primeros en acogerle y ayudarle a sobrellevar su precaria situación económica son los filólogos del Centro de Estudios Históricos, dirigidos por Ramón Menéndez Pidal. Trabaja duramente en la recién fundada *Revista de Filología Española* y prepara ediciones de autores clásicos para distintas editoriales. Allí traba amistad con Antonio García Solalinde, Américo Castro y José Moreno Villa. Pero, junto al trabajo erudito con los manuscritos y las papeletas, los colaboradores del Centro también tenían tiempo para esparcirse y descansar. Aprovechaban los días de descanso para hacer excursiones a la Sierra de Guadarrama o se acercaban a Toledo, donde habían alquilado una casita para pasar los fines de semana, según nos cuenta el propio Reyes.

Aunque su carrera diplomática lo apartó de la filología, siempre mantuvo su pasión por ella en los lugares en los que estuvo destinado. Así le pasó en Buenos Aires, en donde coincidió con Amado Alonso y

con su amigo Henríquez Ureña, que dirigían el Instituto de Filología y que pusieron en marcha la *Revista de Filología Hispánica* como continuación de la *Revista de Filología Española* que, tras la Guerra Civil, al tener que exiliarse muchos de sus redactores, quedó en manos de los vencedores. Algo parecido le pasó a la propia *Revista de Filología Hispánica* que, con la llegada del peronismo y la marcha de Amado Alonso a los Estados Unidos, tuvo que ser rescatada por Alfonso Reyes y El Colegio de México con la creación de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Retirado de sus funciones diplomáticas, Reyes centró sus esfuerzos en El Colegio de México para acoger a aquellos intelectuales españoles que tuvieron que salir de su país tras la guerra. Al igual que ellos lo habían ayudado en sus años difíciles cuando se tuvo que marchar de México, ahora él quería devolverles su hospitalidad. En El Colegio de México, con la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, se cierra el círculo de una de las mejores etapas de la filología hispánica. Una etapa que se inició en Madrid, en el Centro de Estudios Históricos, con la *Revista de Filología Española*, de la que Reyes fue uno de sus primeros impulsores, y que continuó en Buenos Aires, en el Instituto de Filología, con la publicación de la *Revista de Filología Hispánica*.

#### LA LLEGADA A MADRID DE ALFONSO REYES

Una agradable tarde del mes de octubre de 1914 llega a Madrid Alfonso Reyes procedente de San Sebastián. En la ciudad vasca había hecho una escala de un par de meses, desde que inició su “rumbo al sur”, al huir de las primeras bombas que empezaban a caer sobre París. Su mujer, Manuela, y su hijo, Alfonsito, se habían quedado en la capital guipuzcoana al cuidado de su hermano Rodolfo, mientras él lograba cierto acomodo en Madrid. Recordaba Reyes: “Mi primera visión de Madrid –que acaso dejé en los *Cartones*– fue muy dolorosa. Y, sin embargo, yo sentía no sé qué caricia en el ambiente, no sé qué amistad, qué compañía, en cualquier persona que abordaba”<sup>1</sup>.

Llega a España con 25 años y aquí pasará diez, hasta 1924, que marcarán su vida. Diez años en los que llegó sin nada, huyendo de una guerra, y de los que saldrá convertido en un prestigioso escritor e investigador que, además, recupera su cargo diplomático: primero como secretario y encargado de negocios de la Legación de México en España (1920-1924), luego como ministro en Francia (1924-1927) y más tarde embajador en Argentina (1927-1930) y Brasil (1930-1936). Durante el tiempo que estuvo en España, nos encontramos con un

<sup>1</sup> ALFONSO REYES, *Las vísperas de España*, OC, t. 2, F.C.E., México, 1956, p. 150.

Reyes que, como decía Moreno Villa “tenía que ganarse el pan familiar a punta de estilográfica”<sup>2</sup>.

De esos diez años, nosotros nos ocuparemos de cinco, los que van desde finales de 1914 hasta finales de 1919. Fueron años de mucho trabajo y también de mucha creatividad. Gracias a la publicación de artículos, a la participación en proyectos editoriales y a los trabajos en el Centro de Estudios Históricos, consiguió Reyes reunir un poco de dinero con el que pudo mantener a su familia. De la labor frenética que realizó en esos años, nos fijaremos principalmente en sus trabajos filológicos, que le llevaron a formar parte de la sección de Filología del CEH. En poco tiempo pasó a desempeñar un papel fundamental en el Centro, ya que dirigió una de las secciones, la de Bibliografía, y dio un impulso importante a la recién fundada *Revista de Filología Española*, preparó ediciones divulgativas de clásicos de la literatura: Ruiz de Alarcón, Góngora, Arcipreste de Hita, Quevedo, Gracián, etc., y dio clases en los cursos para extranjeros. Rápidamente se convirtió en uno más de los colaboradores del CEH y estableció una gran amistad con algunos de sus compañeros, sobre todo con Antonio G. Solalinde, Américo Castro y José Moreno Villa.

En México, Reyes enseñaba Historia de la Lengua y Literatura española en la Escuela Nacional de Altos Estudios; allí también daba clases de Literatura inglesa su amigo Pedro Henríquez Ureña. Pero en 1913 tuvo que salir de su país debido al intento de golpe de Estado que su padre, el general Bernardo Reyes, había propiciado contra el presidente Francisco I. Madero. El golpe fracasó y su padre fue abatido. Aquel 9 de febrero de 1913, como después reconoció, comenzó a construirse lo que después fue Alfonso Reyes: “Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día”<sup>3</sup>.

Su primer destino en Europa fue París, donde ocupó un pequeño cargo diplomático. Al poco tiempo de establecerse en la capital francesa, en agosto de 1913, comenzó a visitar la casa atiborrada de libros del hispanista Raymond Foulché-Delbosc, quien le regalaba algún ejemplar de los que tenía repetido. Se estableció una relación estrecha entre ellos y Reyes empezó a colaborar con Foulché-Delbosc en la edición que éste preparaba de las obras de Góngora y a publicar en la *Revue Hispanique*, que dirigía el hispanista francés.

Un año después encontramos a Alfonso Reyes en Madrid. En París, dejaba su modesto cargo diplomático, del que había sido exclu-

<sup>2</sup> JOSÉ MORENO VILLA, *Memoria*, ed. Juan Pérez de Ayala, El Colegio de México-Residencia de Estudiantes, México, 2011, p. 102.

<sup>3</sup> ALFONSO REYES, *Oración del 9 de febrero*, OC, t. 24, F.C.E., México, 1990, p. 39.

do por el nuevo gobierno mexicano de Carranza<sup>4</sup>. Le tocaba comenzar por segunda vez y buscar una nueva vida. Como decía Moreno Villa: “Parece mentira que entonces le quedasen ganas de bromear; atravesaba la peor época de su vida”<sup>5</sup>. Sin embargo, en poco tiempo consiguió entrar en las tres “atalayas más dominantes”, como las llamaba el poeta y pintor malagueño: “La *Revista España*, fundada por Ortega y Gasset; *El Sol*, fundado por Urigoiti, con el contrafuerte espiritual del mismo Ortega, y el Centro de Estudios Históricos... Entrar en cualquier de estos tres reductos daba prestigio y sello”<sup>6</sup>.

El día de su llegada a Madrid, Alfonso Reyes acudió a la tertulia del pintor Anselmo Miguel Nieto en el café Nueva España. Tal vez fue allí donde conoció al poeta, ensayista y editor Enrique Díez-Canedo<sup>7</sup>. Desde ese momento se estableció una relación profunda entre los dos que se mantuvo hasta el final de sus días. La amistad con Díez-Canedo fue fundamental para Reyes en aquellos primeros días en Madrid, pues encontró una persona que escuchaba con atención lo que le contaba de su país y de los amigos que había dejado allí, algo esencial para un desterrado<sup>8</sup>. No fue, sin embargo, Díez-Canedo el primer escritor español con el que trabó amistad Alfonso Reyes. En San Sebastián había coincidido con Azorín, de quien decía que era “mi primer amigo de España”<sup>9</sup> y con quien realizó un interesante viaje a Burdeos para dar una conferencia sobre Goya y la literatura española. También se relacionó con el grupo de artistas mexicanos que estaban en Madrid, con los que compartió la nostalgia de la patria, como los escritores Martín Luis Guzmán, Julio Torri y Francisco A. de Icaza, los poetas Amado Nervo y Luis Gonzaga Urbina, el arquitecto Jesús Acevedo y el pintor Diego Rivera.

No le costó mucho a Reyes hacerse un hueco entre los intelectuales madrileños. Su erudición, sus lecturas bien asimiladas y su refinada escritura le granjearon rápidamente el beneplácito y la

<sup>4</sup> “Desde México me habían cortado el cordón umbilical [por la supresión en masa del Cuerpo Diplomático Consultar Mexicano en el extranjero] y, en París, la Guerra Europea se echaba encima. Uno y otro castillo de naipes se me desbarataban a un tiempo. Fuerza era emigrar hacia el Sur, como en las grandes invasiones históricas” (*Las vísperas de España*, p. 141).

<sup>5</sup> J. MORENO VILLA, *Memoria*, p. 102.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 406.

<sup>7</sup> En realidad se conocieron en el Ateneo, como recuerda el propio ALFONSO REYES: “He comenzado a acercarme por las tardes al Ateneo, conducido por Ángel Zárraga. Compañía de geniecillos indiscretos. Amistad naciente de Díez-Canedo, Gómez Ocerín, Pedro Salinas, Moreno Villa” (*Historia de mis libros, OC*, t. 24, F.C.E., México, 1990, p. 170).

<sup>8</sup> Sobre la relación entre Reyes y Díez-Canedo, véase PAULETTE PATOUT, “Amistosa triada: Valery Larbaud, Enrique Díez-Canedo, Alfonso Reyes”, *AIH*(10), pp. 879-892. También *Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes. Correspondencia. 1915-1943*, ed. Aurora Díez-Canedo, F.C.E., México, 2010.

<sup>9</sup> ALFONSO REYES, *Las vísperas de España*, p. 43.

amistad de muchos de ellos. El Alfonso Reyes que llegó a Madrid era, en palabras de Moreno Villa, un hombre “cortés y agudo, con infinitas alusiones literarias perfectamente encajadas. En sus ojos vivaces reía siempre un pensamiento que volaba o se detenía para enseñarnos el colorido tropical de su plumaje”. Un hombre, seguía Moreno Villa, que siempre iba “cargado de carpetas y folletos y sacando a cada paso una gordísima pluma fuente para apuntar direcciones, notas o recados, estuviéramos en la cervecería o en mitad de la calle”<sup>10</sup>.

Díez-Canedo lo puso en contacto con Francisco Acebal, que además de ser colaborador de José Castillejo en la Junta para Ampliación de Estudios, dirigía la colección Clásicos Castellanos de la editorial La Lectura<sup>11</sup>, y que después pasó a dirigir Domingo Barnés. Esta colección, centrada en la literatura española, se caracterizaba por trasladar a las ediciones de los clásicos un rigor y una metodología filológica. Acebal le encargó a Reyes una edición del teatro de Ruiz de Alarcón. En esta colección habían publicado ya Tomás Navarro Tomás (*Las moradas* de Santa Teresa en 1910 y *Poesías* de Garcilaso de la Vega, en 1911), Américo Castro (*El buscón* de Quevedo y *Teatro* de Tirso de Molina) e, incluso, Ramón Menéndez Pidal había hecho una edición del *Cid*. Otros colaboradores del Centro de Estudios Históricos que publicaron en esta colección fueron Federico de Onís, Vicente García de Diego, Justo Gómez Ocerín, Samuel Gili Gaya, Antonio García Solalinde, Pedro Salinas y José Fernández Montesinos.

De una de estas publicaciones, en concreto de la edición que Tomás Navarro Tomás hizo de *Las moradas* de Santa Teresa, Alfonso Reyes escribió una reseña en la prensa mexicana, en la que decía: “La actual edición de *Las moradas*, a pesar del carácter popular de la colección, puede considerarse como un texto de los más autorizados”<sup>12</sup>.

#### ALFONSO REYES Y EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Para cumplir con el encargo que le habían hecho en la editorial La Lectura y estudiar la obra de su compatriota, el dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón, Alfonso Reyes acudía a la Biblioteca Nacional a consultar los textos. En los bajos de la Biblioteca Nacional, donde antes se encontraba el Museo de Ciencias Naturales, estaba entonces la primera sede del Centro de Estudios Históricos. Allí empezó a conocer a los que trabajaban en la sección de Filología dirigidos por Ramón Menéndez Pidal.

<sup>10</sup> J. MORENO VILLA, *Memoria*, p. 407.

<sup>11</sup> “Mi fraternal amigo Enrique Díez-Canedo me puso en contacto con los señores Velasco y Acebal, que me acogieron tan gentilmente en la colección clásica de La Lectura” (*Las vísperas de España*, pp. 41-42).

<sup>12</sup> ALFONSO REYES, *Entre libros*, OC, t. 7, F.C.E., México, 1958, p. 257. La reseña salió publicada en el *Mundial*.

A algunos ya los conocía, pues desde México, para preparar sus clases de literatura española, había mantenido correspondencia con Federico de Onís, que fue quien lo introdujo en el Centro. Don Ramón también tenía noticias de él a través de Pedro Henríquez Ureña. Por indicación suya, Reyes envió a Menéndez Pidal su primer libro, *Cuestiones estéticas*, que recibió en septiembre de 1911. En su contestación, el filólogo español le decía al joven escritor mexicano: “Leyendo algunas páginas, como las dedicadas a la *Cárcel de amor* y Góngora, pienso que libros como el de usted corregirán algo los defectos que la anemia de lecturas, especialmente de lecturas antiguas, trae consigo para tantos jóvenes escritores que rompen toda la tradición, privándose de la savia que suministran las raíces”<sup>13</sup>.

La figura de don Ramón ya era conocida por Alfonso Reyes. La influencia del *Manual elemental de gramática histórica española* (1904) de Pidal se percibe claramente en *Cuestiones estéticas*. También conocía el escritor mexicano su artículo sobre los romances americanos (“Los romances tradicionales en América”), que había publicado en *Cultura Española*. Alfonso Reyes puso en práctica algunas de las cuestiones expuestas en ese artículo cuando recogió romances mexicanos de tradición oral. Además, durante el tiempo que estuvo en París, oyó hablar mucho de Menéndez Pidal. Por aquellos años, la relación entre don Ramón y Raymond Foulché-Delbosc se había enfriado tras no cuajar una edición conjunta del romancero<sup>14</sup>. Así se lo hace saber Alfonso Reyes, que se encontraba entre los dos, a su amigo Henríquez Ureña:

Dime si quieres que te envíe el libro de Foulché (folleto debí haber dicho) sobre Menéndez Pidal y sus teorías del Romancero Viejo: lo censura y le halla pifias de erudición; me parece escritor de muy mala fe. Me dio un ejemplar para ti. Hace unos días que estuve en su casa, me dijo: –Estamos en guerra con Menéndez Pidal. Parece que éste se ha resentido un poco y le contesta en la *Revista de Letras* descubriéndole a su vez errores de erudición. Foulché dice que cuando Menéndez Pidal escribió lo que él censura, ambos ignoraban lo que ahora sabe Menéndez Pidal y le censura<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> En ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ, “Menéndez Pidal y Alfonso Reyes”, *ALM*, 7 (1968-69), p. 27.

<sup>14</sup> En 1901, Foulché-Delbosc hizo una propuesta a Menéndez Pidal para publicar de forma conjunta un romancero en la *Bibliotheca Hispanica*, pero don Ramón desestimó la colaboración porque poco tiempo antes, Foulché criticó con dureza la edición de *La Celestina* que había publicado Menéndez Pelayo, maestro de Pidal, y quien acababa de dar a la luz también un romancero. Véase DIEGO CATALÁN, *El archivo del romancero. Patrimonio de la humanidad. Historia documentada de un siglo de Historia*, Fundación Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 2001, t. 1, pp. 15-18

<sup>15</sup> Alfonso Reyes, *Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia, 1907-1914*, ed. José Luis Martínez, F.C.E., México, 1986, p. 307. Según le dice Reyes a Ureña en otra carta, Foulché-Delbosc había publicado un artículo en el que criticaba el libro de Menéndez

En la memoria de la JAE de 1914-1915, Reyes ya aparece como colaborador de la sección de Filología del CEH: “En 1915 se incorporó a esta Sección [Filología] D. Alfonso Reyes, profesor de la Escuela de estudios superiores de Méjico”<sup>16</sup>. Se integró a los trabajos de la *Revista de Filología Española*, que se había fundado en 1914, y continuó con el estudio de las obras dramáticas de Juan Ruiz de Alarcón. También dio clases en los cursos breves de lengua y literatura españolas para extranjeros que organizaba el Centro. Los cursos eran trimestrales, con una lección diaria de carácter práctico. Reyes se ocupaba de las clases de Literatura junto a Onís. En una carta a su amigo Julio Torri le cuenta cómo fue su incorporación a la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos<sup>17</sup>:

Yo trabajo en la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, al lado de don Ramón; especie de escuela de Altos Estudios, pero donde no se dan ni se reciben clases (véase la excepción después señalada) sino que se hace trabajo de investigación. Don Ramón dirige el Centro y, además, la Sección Filología (las hay de Historia, Derecho, Bellas Artes, etcétera. La nuestra es la única importante actualmente, pues los arabistas se han separado por conservadores). Después del director, estamos en la misma categoría, Navarro Tomás, el fonetista (que, además, es secretario del Centro), Américo Castro, el lingüista, Federico de Onís, el

Pidal *La epopeya castellana a través de la literatura española*. En ese artículo, el hispanista francés criticaba que Pidal reconociese como históricos algunos romances cuyo contenido no se había demostrado históricamente. En una carta, JOSÉ MARÍA CHACÓN se interesa por la relación entre los dos filólogos: “Mil gracias por los folletos míos que le llevó a R. Foulché-Delbosc. ¿Cómo está este señor con R.M. Pidal? ¿Sigue la guerra? Decididamente, no hay mucha concordia entre los hispanistas” (*Epistolario Alfonso Reyes–José María Chacón*, ed. Zenaida Gutiérrez-Vega, FUE, Madrid, 1976, p. 21).

<sup>16</sup> *Memoria de la Junta para Ampliación de Estudios*, Madrid, 1916, p. 168.

<sup>17</sup> “Poco después de mi llegada a Madrid por octubre de 1914, la editorial «La Lectura», a proposición de Enrique Díez Canedo, me encomendó la preparación del teatro de Ruiz de Alarcón. Para disponer de la bibliografía indispensable, comencé a frecuentar el Centro de Estudios Históricos, cuyo acceso me franqueó su director don RMP, por presentación de Federico de Onís, con quien mantenía yo correspondencia de tiempo atrás, desde los días en que me encargué, en la Escuela de Altos Estudios de México, de la cátedra sobre historia de la lengua y la literatura españolas (1913). El Centro estaba entonces instalado en los bajos de la Biblioteca Nacional y, además de sus propias colecciones de libros, podía disponer en préstamo del riquísimo fondo que en aquella biblioteca se custodiaba. La Sección de Filología estaba directamente gobernada por el maestro Menéndez Pidal, y contaba entonces como miembros principales a Tomás Navarro Tomás, secretario del Centro, y a Federico de Onís, ambos catedráticos, ahora, en la Universidad de Columbia y el segundo director del Instituto de las Españas, en Nueva York; a Américo Castro, ahora también las Universidades de los Estados Unidos, y a Antonio G. Solalinde. Todos pusieron voluntad en atraerme y acogerme como un colaborador más de la Sección. Puedo decir que mi padrino ante ellos fue mi paisano Ruiz de Alarcón, quien también había ido a «pretender en Corte», allá a principios del Seiscientos” (*Letras de la Nueva España, OC*, t. 12, F.C.E., México, 1960, p. 221).

historiador literario inédito casi (hoy profesor en Columbia University), Antonio G. Solalinde de medievalista, yo el *drôle de type*. Aquí gano ptas. 175. Además de esto, el azar: artículos en periódicos y revistas... Doy clases en el Centro (ésta es la excepción de que te hablé) a extranjeros, cursillos mal pagados, de tres meses, para que practiquen el “habla”. Y, en verano, otras más bien pagadas que me han permitido la mayor conquista de mi existencia madrileña: traerme mis libros del almacén de París donde dormían. Mi vida se organiza con lentitud<sup>18</sup>.

Al poco tiempo de llegar, Reyes pasó a ser uno más de los colaboradores del Centro: “Poco a poco quedé incorporado regularmente al Centro, donde sobre todo me consagré a la literatura de los siglos XVI y XVII, además de colaborar con el llorado Antonio G. Solalinde –especialista en la Edad Media española– para la preparación de la bibliografía en curso, que aparece al final de los cuadernos trimestrales de la *Revista de Filología Española*”<sup>19</sup>.

Resulta sorprendente comprobar cómo Alfonso Reyes, que no era ni filólogo ni lingüista, sino un aspirante a escritor y poeta, cuando llega al Centro se somete al esfuerzo diario que exigían los trabajos filológicos que allí se realizaban. Frente a la filología intuitiva y de erudición acumulativa que se venía haciendo en España, el CEH aspiraba a una labor de carácter más científico, siguiendo las corrientes europeas, a partir de análisis filológicos exigentes, investigación histórica minuciosa y conocimiento profundo de las fuentes<sup>20</sup>. Alfonso Reyes tuvo que acomodar su prosa y su forma de trabajo a la claridad y al rigor que exigía la nueva filología, y alejarse de la retórica tradicional y de los lugares comunes. Su vertiente más creativa y divulgadora chocaba en ocasiones con los rigurosos métodos del Centro, de ahí que en ocasiones se apartara de ellos, pues entendía que escamoteaban la parte más humana de la literatura: “No todo ha de ser –decía Reyes años después– descubrimiento de datos, preocupación por la «materia prima» propia de la era industrial en la que vivimos. No sea el historiador como el alfarero que se vuelve esclavo de su arcilla”. Reyes se negaba a ser considerado una “máquina técnica literario-histórica”, como se refería en ocasiones a la labor filológica que desempeñaba en el Centro<sup>21</sup>.

Por eso compaginaba sus trabajos eruditos con artículos en la prensa, edición divulgativa de clásicos, composición de libros de carácter creativo, trabajos que le permitían conseguir unos ingre-

<sup>18</sup> JULIO TORRI, *Epistolarios*, ed. Serge I. Zaitzeff, UNAM, México, 1995, p. 75.

<sup>19</sup> *Letras de la Nueva España*, pp. 221-222.

<sup>20</sup> Véase MARIO PEDRAZUELA FUENTES, “La modernización de los estudios filológicos en España: la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos”, en *La ciencia de la palabra. Cien años de la Revista de Filología Española*, eds. Pilar García Mouton y Mario Pedraza Fuentés, CSIC, Madrid, 2015, pp. 55-90.

<sup>21</sup> *Letras de la Nueva España*, p. 228.

sos extra para mantener a su familia, así como participar en tertulias de cafés o dirigir una sección en el Ateneo. Entendía Reyes que la erudición debía mezclarse con la divulgación para que todo tipo de públicos pudiera acceder a los grandes autores de la literatura: “En estas páginas alternarán las exposiciones populares con las investigaciones eruditas, pues el querer delimitar la frontera entre una y otra clase de trabajos no dejaba de resultar un esfuerzo inútil y artificioso las más de las veces”<sup>22</sup>. Sin embargo, el tiempo que pasó en los despachos del Centro de Estudios Históricos le sirvió a Reyes como entrenamiento intelectual que después aprovechó tanto para sus escritos eruditos como creativos<sup>23</sup>.

Ya vimos cómo fue Ruiz de Alarcón quien le abrió las puertas del Centro. Además de cumplir con el encargo que le había hecho Francisco Acebal, con la publicación de una selección de su *Teatro* en La Lectura en 1918, ese año también editó, del mismo escritor, *Páginas escogidas*, en Saturnino Calleja y en 1919, *Los pechos privilegiados*, en Espasa Calpe.

Otro de los autores en cuyo estudio más profundizó Reyes fue Góngora. Antes de que el gran poeta barroco fuera el estandarte de la Generación del 27, Reyes había dedicado varios estudios a desentrañar su poética. Ya en México, en su primer libro, *Cuestiones estéticas*, dedica un capítulo al poeta cordobés titulado “Sobre la estética de Góngora”. Durante el tiempo que estuvo en París, Foulché-Delbosc preparaba una edición de las obras completas para la colección que había creado dentro de *Revue Hispanique* llamada *Bibliotheca Hispanica*, en donde también publicó una bibliografía del poeta cordobés. La llegada de Reyes a Madrid resultó fundamental para que Foulché pudiese llevar a cabo sus trabajos gongorinos, ya que el polígrafo mexicano pasaba los días en la Biblioteca Nacional confrontando las pruebas con los tres volúmenes del manuscrito Chacón, como un “humilde albañil”, como él solía describir su colaboración en tan soberbia empresa<sup>24</sup>. Las investigaciones realizadas con los manus-

<sup>22</sup> ALFONSO REYES, *Capítulos de Literatura Española. Primera serie, OC*, t. 6, F.C.E., México, 1957, p. 13.

<sup>23</sup> Véase BÁRBARA B. APONTE, “El diálogo entre Alfonso Reyes y Ramón Menéndez Pidal”, en *Presencia de Alfonso Reyes. Homenaje en el X aniversario de su muerte (1959-1969)*, F.C.E., México, 1969, pp. 15-20.

<sup>24</sup> “Yo frecuentaba [en la Biblioteca Nacional] sobre todo la sala de manuscritos. Para calentarme las manos entre una y otra copia, y más cuando confrontaba con los tres gruesos y espléndidos volúmenes del Ms. Chacón las pruebas de la edición gongorina que, desde París, dirigía Raymond Foulché-Delbosc y de que yo era albañil, descubrí unos aparatitos japoneses que se cargaban con barras de carbón pulverizado y prensado, y luego ardían a fuego lento y sin humo. Aun así, la tarea manual era dura, pues aquellos volúmenes de vitela soberbiamente empastados se cerraban solos como un estuche de resorte. Había que dejar la mano izquierda puesta sobre el libro abierto, como en un juramento zurdo, mientras la derecha se las arreglaba como

critos gongorinos le sirvieron para publicar varios artículos sobre su obra en la *Revista de Filología Española*: “Góngora y «la gloria de Niquea»”, 2 (1915), 3; “Contribuciones a la bibliografía de Góngora”, 3 (1916), 2; y 4 (1917), 1 (con este artículo, Reyes complementa los trabajos de Foulché-Delbosc y de Lucien-Paul Thomas sobre el tema, para ello contó con la ayuda de Martín Luis Guzmán y de Enrique Díez-Canedo); “Reseña y estudios gongorinos (1913-1918)”, 5 (1918), 3; “Las dolencias de Paravicino”, 5 (1918), 3; “Pellicer en las cartas de sus contemporáneos”, 6 (1919), 3; “Dos noticias bibliográficas”, 10 (1923), 3. También en *Revue Hispanique* publicó artículos en los que abordaba temas gongorinos: “Cuestiones gongorinas: sobre el texto de las «Lecciones solemnes» de Pellicer”, 43 (1918) y “Cuestiones gongorinas: necesidad de volver a los comentaristas”, 65 (1925). Incluso en las páginas del *Boletín de la Real Academia Española* se acercó al poeta cordobés con el artículo “Los textos de Góngora. (Corrupciones y alteraciones)”, 3 (1916), 13 y 14.

Además, publicó una edición de la *Fábula de Polifemo y Galatea* en la colección de la revista *Índice*, que Reyes dirigía con Juan Ramón Jiménez. Una edición en la que modernizó la ortografía y la puntuación para el uso del lector moderno: “Sólo debe considerarse como un intento de dar, al público literario general, una edición bella, cuidadosa y accesible del poeta cordobés”<sup>25</sup>. Su relación con Góngora fue tan estrecha que se declaraba secretario perpetuo de la sociedad secreta “Góngora Club”, creada por Azorín, al igual que la de “Los amigos de Lope de Vega”, de las que nadie sabía quiénes eran los socios.

Si Díez-Canedo fue quien acercó a Reyes a la editorial La Lectura, Juan Ramón Jiménez fue quien le abrió las puertas de la editorial Saturnino Calleja. Los hijos del fundador confiaron al poeta de Moguer la orientación artística de la editorial en 1915, quien ya había demostrado sus conocimientos como editor en la Residencia de Estudiantes. Además de un cambio en el diseño, también se proponían un cambio en los contenidos y uno de sus objetivos era el de presentar textos clásicos de la literatura española comentados por especialistas. Alfonso Reyes publicó en esta editorial el *Libro de buen amor*, del Arcipreste de Hita (1917), que recibió una dura crítica del hispanista francés Félix Lecoy. De Gracián preparó una edición de sus *Tratados* (*El héroe*, *El discreto* y *El oráculo manual*) (1918), *Páginas escogidas* de Quevedo en 1917, y una selección de obras de Lope de Vega en 1919.

---

podía para escribir y sujetar a un tiempo el papel. No bastaban las dos manos, y más de una vez tuve que pedir los auxilios de mi esposa” (*Letras de la Nueva España*, p. 218).

<sup>25</sup> Cf. *Cuestiones gongorinas*, OC, t. 7, F.C.E., México, 1960, p. 156; *Fábula de Polifemo y Galatea*, ed. Alfonso Reyes, Biblioteca de Índice, Madrid, 1923.

Sin embargo, a pesar de todas estas ediciones, tal vez por lo que Alfonso Reyes ha pasado a la historia de la filología divulgativa ha sido por la versión moderna de la edición del *Poema de mio Cid* publicado por Ramón Menéndez Pidal. Con esa edición se inauguró la Colección Universal de la editorial Calpe en 1919.

Alfonso Reyes compaginaba esta labor divulgativa, que era la que le permitía conseguir unos ingresos extra, con la investigación erudita. Al tiempo que preparaba las ediciones también escribía artículos de mayor profundidad que publicaba en diferentes revistas, sobre todo en la *Revista de Filología Española*. La *Revista de Filología Española* se había fundado en 1914 y en poco tiempo se convirtió en portavoz de los trabajos que se realizaban en la sección de Filología del Centro. En los primeros números son los colaboradores de la sección quienes firman los artículos, pero pronto empezaron a aparecer por sus páginas las firmas de los más relevantes filólogos europeos. Le dice a su amigo Julio Torri<sup>26</sup>:

En la *Revue Hispanique*, es verdad algo he publicado: notúculas erudículas sin importancia ni elegancia. En la de *Archivos*, nada ¡qué horror! En la de *Filología Española*, constantemente, y mucho más de lo que firmo; sólo que no me busques en ella: allí no soy más que una máquina técnica literario-histórica. La revista tiene una severidad brutal, justificada como reacción contra lo que tú bien sabes, pero terrible en sí<sup>27</sup>.

Entre 1915 y 1919, además de los ya señalados, publicó en la revista del Centro artículos sobre Gracián “Una obra fundamental sobre Gracián”, *RFE*, 2 (1915), pp. 377-387; Calderón, “Un tema de *La vida es sueño*: el hombre y la naturaleza en el monólogo de Segismundo” parte I y II, *RFE*, 4 (1917), pp. 1-25; parte III y IV, *RFE*, 4 (1917), pp. 237-276, y el poeta satírico peruano Mateo Rosas “Sobre Mateo Rosas de Oquendo, poeta del siglo xvi”, *RFE*, 4 (1917), pp. 341-370.

Las “notúculas erudículas” publicadas en la *Revue Hispanique* de Foulché-Delbosc son una sobre *Periquillo Sarmiento* y otra sobre Ruiz de Alarcón (“Ruiz de Alarcón y las fiestas de Baltasar Carlos”, 35, 1916, núm. 89, pp. 170-176). También destacamos su colaboración con el *Boletín de la Real Academia Española*, instaurada por la Corporación y que, al igual que la *Revista de Filología Española*, fue fundado en 1914. En sus páginas apareció, como ya vimos, un artículo sobre Góngora.

En 1916, al marcharse Federico de Onís a la Universidad de Columbia en Nueva York para hacerse cargo de la cátedra de Len-

<sup>26</sup> Sobre la *Revista de Filología Española*, véase la obra ya citada *La ciencia de la palabra. Cien años de la “Revista de Filología Española”*, ed. P. García Mouton y M. Pedraza Fuentes.

<sup>27</sup> JULIO TORRI, *Epistolarios*, p. 75.

gua y Literatura españolas, Alfonso Reyes pasó a dirigir una de las secciones que había dentro de los estudios de filología del Centro de Estudios Históricos: “Bibliografía general de la Lengua y la Literatura españolas”. En 1915 se fundó esta sección con el fin de construir una bibliografía de la lengua y la literatura españolas, de modo que sirviera como herramienta auxiliar para los trabajos del Centro, al tiempo que sería de gran utilidad para posteriores publicaciones de carácter bibliográfico. Las papeletas se clasificaban por temas: un apartado general, donde tenían cabida las obras de historia general y española y ciencias auxiliares, y luego tres apartados especializados en Lengua, Literatura y Folclore. En esa sección también trabajaban Antonio García Solalinde y Pedro González del Río. Durante el tiempo que Reyes dirigió la sección se incorporaron a la bibliografía obras enteras, como la *Bibliographie Hispanique*, los apéndices de la *Zeitschrift für Romanische Philologie* y parte del Catálogo de Salvá. Además, Tomás Navarro Tomás formó un abundante grupo de bibliografía fonética<sup>28</sup>. También se iniciaron trabajos especiales como la creación de un índice analítico de las obras de Menéndez Pelayo y se acabó con la colección de Comedias de Lope de Vega, Los Orígenes de la Novela, La Crítica Filosófica, y todas las series de Crítica Literaria, Horacio en España, Calderón y su Teatro y La Ciencia Española. Otro de estos trabajos especiales fue la formación de un catálogo de las revistas literarias de la generación del 98, en la que trabajaron Reyes y Díez-Canedo<sup>29</sup>.

Aparte de estos trabajos, Alfonso Reyes también se encargó de la bibliografía de la *Revista de Filología Española*. Entre él y Solalinde redactaron un folleto con el objeto de uniformar las reglas de trabajo de los colaboradores de la sección (así como unas fichas especiales), revisar y rehacer la lista de publicaciones que se examinaba para formar la bibliografía de la *Revista* y facilitar la colaboración bibliográfica espontánea de los lectores<sup>30</sup>. Con el fin de facilitar el trabajo y de

<sup>28</sup> Sobre la labor fonética de Navarro Tomás, Reyes contaba: “Cuando yo llegué a España, aunque a través de Francia, traía ilesas todas mis pronunciaciões mexicanas. Navarro Tomás, del Centro de Estudios Históricos, cayó sobre mí con voracidad, desmenuzó mi habla en sus máquinas de cilindros, y me extendió una especie de fórmula de mis dolencias dialectales” (*Reloj de sol, OC*, t. 4, F.C.E., México, 1956, p. 345).

<sup>29</sup> *Memoria de la Junta para Ampliación de Estudios 1916-17*, Madrid, 1917, pp. 112-113.

<sup>30</sup> “Un día, en nuestro anhelo de hacer una buena publicidad de la Revista, que no fuera un vulgar reclamo, discurrimos un procedimiento que, a la vez, sirviera de anuncio y transformación a todo lector en un colaborador más de nuestra bibliografía. De aquí nació el folleto: *Revista de Filología Española: Sección de Bibliografía* (Madrid, 1917) en que –aparte de los sumarios de los números publicados– dábamos las reglas de nuestra fichas, describíamos las operaciones de nuestra catalogación, y establecíamos la lista de las principales siglas usadas, siglas que se han convertido ya en signos de uso permanente entre los filólogos del grupo, como un álgebra del oficio. Este

que fuera lo más completo posible nombraron colaboradores bibliográficos en varios países de Hispanoamérica. Todo este trabajo hizo que naciera entre Reyes y su “compañero de galera”, como se refería a Solalinde, una profunda amistad:

El arte de reducir a fichas toda noticia de publicaciones que afectara, en el más amplio sentido, a la filología española, tenía para nosotros –que éramos los más jóvenes de la casa [se refiere a él y a Solalinde]– todos los encantos de un juego de solitario, de un rompecabezas, de una investigación policial. Trabajábamos como buenos hermanos en las cabeceras de una gran mesa, partida en dos por una pequeña muralla de libros como por una red de ping-pong (*id.*).

Esa amistad se extendió más allá de los angostos despachos de la sede del Centro en la Biblioteca Nacional. Cuando terminaba la jornada olvidaban el trabajo (“Yo aprendí de Solalinde –decía Reyes de su amigo– una buena costumbre, que era resultado de su salud moral: en cuanto guardábamos los papeles y salíamos a la calle, el filólogo desaparecía, dejando el sitio al muchacho más sencillo que he conocido”<sup>31</sup>) y se iban a la cervecería El Águila que estaba en la calle Serrano esquina con Hermosilla a tomar unas jarritas de cerveza. A los filólogos, Reyes, Solalinde, Castro, se les sumaba José Moreno Villa, que trabajaba en la sección Arqueología, dirigida por Gómez-Moreno, pero que compartía inquietudes literarias con los filólogos. Algunas veces también los acompañaba el escritor mexicano Francisco A. Icaza, que vivía cerca.

Durante el tiempo que tenían libre, además de recorrer la capital, también se acercaban a la Sierra de Guadarrama o a ciudades cercanas, como Toledo. En la capital manchega, Solalinde, Castro, Moreno Villa y Reyes alquilaron un pequeño piso al lado de la catedral que llamaban El Ventanillo y al que se escapaban los fines de semana y en vacaciones. La casa era muy pequeña pero muy luminosa, y desde ella se veía el Tajo. Apenas la tenían amueblada con lo imprescindible. El único objeto de lujo que tenían era una tinaja de barro en cuya panza escribieron unos versos:

folleto, ya escaso, puede todavía ser útil en esa hora de la iniciación, cuando ni el más modesto consejo se desperdicia. A éste había de seguir otro, también muy elemental, sobre crítica de los textos, con una colección de casos ilustrativos, desde documentos paleográficos hasta ediciones modernas. Nunca llegamos a escribirlo. Ya Américo Castro, que nos dio varias notas, al fin acabó por aprovecharlas en cierto articulo sobre «La crítica filológica de los textos» publicado en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 1917, n° 1, y más tarde recogido con adiciones y retoques en su volumen *Lengua, enseñanza y literatura*, Madrid, Suárez, 1924” (*Pasado inmediato*, OC, t. 12, F.C.E., México, 1960, p. 222).

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 223.

Tinaja de Chindasvinto,  
la del muy turgente flanco:  
otros prefieren el blanco  
pero yo prefiero el tinto<sup>32</sup>.

La casa estaba en el número 13 del callejón del Vicario, una calle muy estrecha en la que se podían tocar las paredes de ambos lados con tan sólo estirar los brazos. Para llegar a ella cruzaban por la catedral, de tal modo que la antesala de su casa era la catedral de Toledo. Por las noches se bajaban a cenar perdices estofadas a la Venta de Aires; a la vuelta, si el vino de Buena Vista se les había subido a la cabeza, no tenían problema porque en el callejón del Vicario siempre encontraban una pared en la que apoyarse. En aquella casa y en aquella ciudad, encontraron los filólogos un lugar de esparcimiento en el que olvidarse de los rigores y las exigencias del trabajo en el Centro de Estudios Históricos. No era el caso de Américo Castro, que no desperdiciaba los viajes para hacer trabajo de campo, pues siempre daba “caza a dos o tres modismos o pronunciaciones hasta hoy tenidos por andaluces, y que van resultando, puesto que se cosechan en el propio campo de Toledo, más bien popularismos o modos de hablar de toda una clase española”<sup>33</sup>. Con el tiempo, los visitantes originarios de El Ventanillo dejaron de ir y fueron otros los huéspedes que se acercaban a la ciudad toledana<sup>34</sup>.

La amistad entre Solalinde, Castro y Reyes fue recogida por Díez-Canedo en una parodia que hizo en el café de Levante del poema de

<sup>32</sup> *Las vísperas de España*, p. 96. REYES recrea como era aquella casa: “El Ventanillo se abre, sobre un remolino de tejados, frente a los montes de Toledo... Una arquitectura de baraja sirve al Ventanillo de pedestal: los tejados se encaraman unos sobre otros como barcos apiñados por la resaca, dejando apenas escurrir, por las hendeduras, tortuosos hilillos de calles... A la izquierda y a la derecha, altos edificios monásticos y vetustas iglesias arquean el lomo... Duermen las veletas. Por los techos ambulan gatos, huéspedes naturales de la noche toledana, perdidos ahora bajo el fuego del mediodía. Y todo aquel universo de formas, colores, sonos, apunta, como a una boca de concentración, al Ventanillo: centro del mundo, aéreo camarote de tres pasos por cuatro, que se encarama, travieso, sobre la onda cristalizada y poliédrica de tejados” (p. 93).

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>34</sup> De estas estancias toledanas, escribió REYES el siguiente poema: “Díceme Solalinde que te diga, / que mañana –pues que nobleza obliga– / en Toledo ha de estar toda la liga / de la Revista de Filología, / a fin de festejar con gaita y jiga / a no sé qué / señor de gran barriga / que es profesor de la Sorbona amiga. Icaza y yo no faltaremos. Don / Ramón no faltará, que es don Ramón. / A las seis ha ser el madrugón / pues a las ocho el tren hace: «pon-pon», / y se echa a andar. / No pierdas la ocasión. / Vendrá Canedo, el gran simpaticón. ¿Qué dice Mario, qué dice Pichardo? / Olor de mirra y sensación de nardo: / flor de banquetes, preto sorbo, y tardo / el digerir. Y luego, el gran cocardo, / el cocardón, / el mosco y el petardo, / el cubicalo estoncio y malinardo” (*Epistolario Alfonso Reyes-José María Chacón*, ed. cit., pp. 17-18).

Valle-Inclán “Rosa del reloj”, donde pueden apreciarse claras reminiscencias a la *Hora de todos* quevedesca:

Es la hora de Alfonso Reyes.  
 escritor de abundante léxico,  
 que sueña en las calles de México  
 y en las pitas y en los mameyes.  
 ¡Es la hora de Alfonso Reyes!

Es la hora de Solalinde,  
 el benjamín de los filólogos  
 que redacta notas y prólogos,  
 de quien don Ramón no prescinde.  
 ¡Es la hora de Solalinde!

Es la hora de don Américo.  
 no sé si teoría o práctica:  
 junto a su pericia sintáctica  
 Meyer-Lübke es algo quimérico.  
 ¡Es la hora de don Américo!<sup>35</sup>

No sólo los tres amigos fueron recogidos en estas parodias de Díez-Canedo, también el propio Valle-Inclán, Julio Camba, Luis Arquistáin y José Castillejo.

Además de a Toledo, también hacían excursiones a la Sierra de Guadarrama. La edición que preparó Reyes del *Libro de buen amor* le llevó a trazar un plano de las andanzas del Arcipreste de Hita por el Guadarrama. Para ello contó con la ayuda de dos de los grandes guadarramistas del momento, como eran Enrique de Mesa y Ramón Menéndez Pidal, herederos de la tradición institucionista y gineriana de estar en contacto con la montaña: “Don Ramón Menéndez Pidal es, hoy por hoy –decía Reyes– uno de los sacerdotes del culto al Guadarrama. Tiene casa en San Rafael, y huye de su biblioteca, de cuando en cuando, para darse el gusto de pasar, a pie y entre la nieve, la cumbre que divide la azul Segovia de la amarillenta y parda llanura de Madrid”<sup>36</sup>.

En uno de los paseos por el Guadarrama en compañía de don Ramón y de Solalinde a punto estuvieron de ser atropellados los tres por un tren en el túnel de San Rafael a Cercedilla<sup>37</sup>. Pero también era

<sup>35</sup> *Pasado inmediato*, pp. 224-225.

<sup>36</sup> *Reloj de sol*, p. 394.

<sup>37</sup> Alfonso Reyes y Menéndez Pidal recuerdan ese paseo en su correspondencia. En una carta de 1954 le decía REYES: “Conservo una herradura de la Sierra que tiene grabada esta inscripción: «Cerca la Tablada / la Sierra pasada». R. Menéndez Pidal. –A. G. Solalinde – Alfonso Reyes – VIII-3-1918 ¿Lo recuerda usted? Fue un día que alcanzamos Antonio y yo a todo correr la locomotora para Madrid, guiados y «cronometrados» por usted. Entonces recogí esa herradura, uno de mis recuerdos más

la montaña segoviana y madrileña un lugar de recreo y esparcimiento para los filólogos. Un fin de año, los tres amigos –Castro, Solalinde y Reyes– se marcharon a la sierra a celebrar la Nochevieja. Partieron de mañana temprano y pasaron un día delicioso disfrutando del frío sol de invierno. Por la noche se hospedaron en La casita, propiedad del doctor Medianveitia, suegro de Castro. Según cuenta Reyes:

La noche fue dulce y blanda, al grado que pudimos asomarnos a la nieve en paños menores a la hora del tránsito del año. Nuestra chimenea se había apagado, pero no echábamos de menos el fuego. Al día siguiente, un sol recién fraguado, virginal e infantil, atravesaba nuestras copas de vino. ¡Oh hermanos del trabajo rudo, entre los libros vetustos, las paleografías tortuosas y los ficheros innumerables! ¡Cuánto se parecía nuestra labor –la más inmaterial, hecha toda de lenguaje y de ideas– a los menesteres que encallecen las manos! ¡Cuánto se parecía nuestro regocijo sencillo al de unos obreros cualesquiera en un día de asueto! Todo el día lo pasamos riendo<sup>38</sup>.

Pero además de sus trabajos filológicos, Reyes también tuvo tiempo para participar en proyectos editoriales, traducir, escribir para periódicos, publicar libros... Fueron años frenéticos en los que era raro no encontrar la firma de Alfonso Reyes en un periódico o en una revista. Ortega y Gasset lo introdujo en sus proyectos editoriales. Comienza escribiendo en el semanario *España*; luego en *El Imparcial* publicaba una crítica cinematográfica bajo el seudónimo de *Fósforo* y en *El Sol*, firmaba, junto a Juan Dantín Cereceda, una serie de artículos sobre geografía e historia. Posteriormente, a partir de 1923, pasó a escribir en la *Revista de Occidente*. Manuel Azaña lo reclamó para que publicara en su revista *La Pluma*.

También promueve proyectos editoriales en los que dar cabida a los nuevos escritores que estaban surgiendo. Junto a Moreno Villa y a Díez-Canedo, propone a Domingo Barnés, director entonces de *La Lectura*, unos Cuadernos Literarios, donde Azaña publicó, en 1927, *La novela de Pepita Jiménez*. Colaboró con Juan Ramón Jiménez en la

---

caros”. A la que contesta MENÉNDEZ PIDAL: “Su carta de Febrero ha removido en mí los pequeños recuerdos, junto a los grandes de usted, siempre están vivos. Sí que me acuerdo de aquella excursión apresurada a través de las cumbres del Guadarrama, para alcanzar el tren en Cercedilla, y aquella herradura de la buena suerte (suponiendo que fuera de caballo blanco), que no fue buena para nuestro inolvidable Solalinde. Aquellas excursiones domingueras por la Sierra fueron escaseando desde que me vine a vivir a Chamartín, y al fin dejé de hacerlas, porque como aquí vivo rodeado de jaras, romeros, tomillos y cantuesos ¿a qué irlos a buscar a la Sierra? Ya no voy a San Rafael sino por los veranos. Aquel Centro de Estudios Históricos, destruido. ¡Tantos amigos que se han ido para siempre o que andan dispersos por el mundo! ¡Todo ha cambiado tanto!” (BÁRBARA B. APONTE, “El diálogo entre Alfonso Reyes y Ramón Menéndez Pidal”, en *Presencia de Alfonso Reyes*, p. 18).

<sup>38</sup> *Reloj de sol*, pp. 395-396.

revista *Índice* y allí publicó la segunda edición de *Visión de Anáhuac*, en 1923 (la primera había salido en Costa Rica en 1917). También tuvo tiempo para escribir libros de ensayos como *El suicida*, *El cazador*, *Calendario*, *El plano oblicuo*, *Cartones de Madrid* y las cinco series de *Simpatías y diferencias*. Además de una traducción de *Ortodoxia*, de Chesterton, para la editorial Calleja<sup>39</sup>.

Así es como Reyes iba pasando sus “trabajos y sus días”, como le decía en una carta a su amigo Julio Torri:

¿Te formas tú una idea clara de mi manera de vivir? ¿de mis elementos? ¿de mis trabajos y mis días?... Ahora gasto los días así: dos veces por semana doy una clase de literatura. Dos veces al mes, una conferencia [sobre] algo más complicado (todo en el Centro de Estudios). En el Centro trabajo todas las tardes, aunque lo más que doy ahí lo hago en mi casa y en las bibliotecas: para la Revista de Filología por una parte. Por otra, dirijo una sección de bibliografía del Centro... Además de esto, preparo una infinidad de libros para Calleja: acaba de salir un Quevedo que ya te enviaré, y corrijo ahora un Alarcón en pruebas. Otro tengo entregado a La Lectura. He dado a Calleja un Gracián. Además de esto procuro arreglar otros libros míos... Finalmente voy a firmar una página semanaria de un nuevo diario madrileño [se refiere al periódico *El Sol*]<sup>40</sup>.

A finales de 1919, Reyes fue nombrado miembro de la Comisión Histórica Mexicana, fundada por Francisco del Paso y Troncoso, cuyo fin era recopilar los documentos útiles para la historia de México que se encontraban dispersos por los archivos europeos; comisión que, a la muerte de Del Paso y Troncoso, dirigió su amigo Francisco A. Icaza. Reyes dejaba de ser un exiliado y pasaba a ser un empleado del Gobierno mexicano. Pocos meses después, los cambios en la Revolución Mexicana devolvieron a Reyes su cargo diplomático, que pasa a desempeñar esta vez en la Legación mexicana en Madrid. Cambiaba su frío pisito (la “casa del hielo” la llamaban) por una residencia oficial, los calurosos veranos en Madrid por las vacaciones en Santander, la estrechez económica por una situación más acomodada y holgada que le permitía vivir sin necesidad de desenfundar su gruesa pluma a cada momento y en cada periódico, revista o editorial. La carrera diplomática ya no le dejaba tiempo para el trabajo erudito que exigía una labor silenciosa y rigurosa en el Centro de Estudios Históricos. Años después, Reyes reflexiona sobre cómo tuvo que cambiar la erudición filológica por un trabajo más emotivo, más literario, más poético:

<sup>39</sup> Sobre la etapa de Alfonso Reyes en España, véase, entre otros, JAVIER GARCÍA-DIEGO, “Alfonso Reyes en España”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas, celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Residencia de Estudiantes-El Colegio de México, Madrid, 1998, pp. 55-66.

<sup>40</sup> *Epistolario Alfonso Reyes-José María Chacón*, ed. cit., pp. 101-102.

No es que me sienta ya disgustado de la tarea humilde y paciente del erudito, tan semejante al trabajo de la hormiga y tan necesitada de cristianas virtudes. Sino que mi vida, mis viajes, los compromisos de mi conducta me van alejando por puntos del reposo de las bibliotecas, del silencio de los archivos, de la concentración espiritual que hace falta para seguir, con minuciosidad microscópica y amor diligente, las piruetas de una variante en diez manuscritos sucesivos, la inefable diferencia de temperatura que produce el cambio de un signo ortográfico entre dos ediciones igualmente dudosas. Y así, cada vez, voy teniendo que atenerme más y más al material que se lleva en un libro, al saldo general de la obra de mi poeta, a su último valor humano o deshumano (estético), al solo brinco de la emoción que su lectura provoca en mí, al documento solo de las corrientes de fantasía o de gozo mental que la poesía gongorina desata dentro de mí mismo<sup>41</sup>.

#### EL COLEGIO DE MÉXICO Y LA *NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA*

Su nueva vida diplomática primero en Francia, luego en Argentina y en Brasil lo apartó del trabajo filológico, aunque siempre tuvo muy presentes los años pasados en el Centro de Estudios Históricos. Durante el tiempo que estuvo en Buenos Aires coincidió con Amado Alonso, a quien ya conocía de sus años madrileños (“aprendió conmigo a hacer sus primeras fichas bibliográficas”<sup>42</sup>, recordaba Reyes), que dirigía por entonces el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, fundado en 1923 bajo los auspicios del CEH. Allí también se encontraba su viejo amigo Henríquez Ureña y conoció a Raimundo Lida y a su hermana María Rosa Lida. Tras la Guerra Civil española, Amado Alonso quiso continuar la publicación de la *Revista de Filología Española* en el Instituto bonaerense, junto con la Universidad de Columbia, donde se encontraba Federico de Onís (que ya publicaba, desde 1934, la *Revista Hispánica Moderna*), ante el temor de que desapareciera. Sin embargo, la idea no llegó a convencer a Menéndez Pidal, que era contrario a que la revista saliera de España. Ante la negativa del maestro, finalmente decidieron, en 1939, crear una nueva revista que se llamaría *Revista de Filología Hispánica* y que estaría más centrada en los temas hispanoamericanos. “Al saludar la aparición de la *Revista de Filología Hispánica*, de Buenos Aires –escribía Reyes–, hay que consagrar un recuerdo a la *Revista de Filología Española*, de Madrid, de la que la nueva publicación viene a ser como el robusto brote trasplantado a la tierra americana”<sup>43</sup>.

<sup>41</sup> *Cuestiones gongorinas*, p. 11.

<sup>42</sup> *Norte y Sur*, OC, t. 9, F.C.E., México, 1959, p. 180. Las relaciones entre AMADO ALONSO y ALFONSO REYES han sido estudiadas en *Crónica parcial. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*, ed. M.E. Venier, El Colegio de México, México, 2008.

<sup>43</sup> *Norte y Sur*, p. 178.

A su regreso a México, en 1939, y tras finalizar su carrera diplomática, Alfonso Reyes se sumó al proyecto de La Casa de España, impulsada por Daniel Cosío Villegas. Con La Casa de España se quiso facilitar que un grupo de profesores españoles continuaran su labor en la universidad mexicana mientras durase la Guerra Civil, aprovechando así sus conocimientos y su capacidad intelectual. Un año después de la llegada de Reyes, en octubre de 1940, se creó El Colegio de México, con Alfonso Reyes como presidente y Cosío Villegas como secretario<sup>44</sup>. La experiencia que Alfonso Reyes había adquirido durante su estancia en España resultaría muy importante para definir las tareas de la nueva institución. Muchos de los que fueron sus compañeros en el Centro madrileño serían en ese momento acogidos por El Colegio, lo que les permitiría continuar sus investigaciones. Reyes quería ayudar a sus amigos intelectuales españoles devolviendo la grata acogida que él recibió cuando llegó a Madrid en circunstancias poco favorables:

La expresión de mi gratitud para mis compañeros de España –en que asocio a muchos otros que no tengo tiempo de nombrar– sería inagotable. Ellos saben que ninguno de sus actuales dolores puede serme ajeno y que siempre iluminará mi conciencia el recuerdo de aquellos años, tan fecundos para mí en todos sentidos. Aprendí a quererlos y a comprenderlos en medio de la labor compartida, en torno a las mesas de plomo de las imprentas madrileñas. La suerte me ha deparado el alto honor de encarnar, para la España nueva, la primera amistad del México nuevo, aunque la más modesta sin duda. Este honor no lo cederé a ninguno<sup>45</sup>.

Una situación muy parecida a la vivida por el Centro de Estudios Históricos tras la Guerra Civil, la tuvo el Instituto de Filología de Buenos Aires a mediados de la década de los cuarenta cuando los peronistas tomaron el poder. Muchos de los filólogos que trabajaban en el instituto bonaerense tuvieron que salir y fueron acogidos, al igual que los que salieron del Centro madrileño, por El Colegio de México.

En el acta constitutiva se establecían las funciones que desarrollaría El Colegio de México, las cuales coincidían en sus líneas maestras con las que inspiraron la creación del Centro de Estudios Históricos de Madrid: fomentar los trabajos de investigación, becar a profesores y estudiantes, contratar a profesores e investigadores extranjeros, publicar los trabajos de investigación y colaborar con las institucio-

<sup>44</sup> Sobre la creación de El Colegio de México, véanse, entre otros, CLARA E. LIDA y JOSÉ ANTONIO MATESANZ, *La Casa de España y El Colegio de México: memoria, 1938-2000*, El Colegio de México, México, 2000 y *El Colegio de México, una hazaña cultural, 1940-1962*, El Colegio de México, México, 1990.

<sup>45</sup> *Las vísperas de España*, p. 43.

nes culturales y educativas. Los tres núcleos principales en los que se estructuraba El Colegio eran: el Centro de Estudios Históricos, bajo la dirección del historiador mexicano Silvio Zavala (quien también estuvo trabajando en el Centro de Madrid); el Centro de Estudios Sociales, que empezó dirigiendo el jurista y político español José Medina Echevarría, y el Centro de Estudios Filológicos. Además se creó un Seminario de Pensamiento en Lengua Española, que dirigía José Gaos, y un Seminario de Historia Moderna de México.

Debido a su vinculación con el mundo de las letras, Alfonso Reyes tuvo la idea de crear un centro dedicado a los estudios filológicos y literarios<sup>46</sup>. Desde un principio, ya en La Casa de España, contó Reyes con algunos amigos españoles exiliados, como José Moreno Villa, Enrique Díez-Canedo y Agustín Millares Carlo. Pero Reyes pensó en su viejo amigo Pedro Henríquez Ureña para dirigir el Centro de Estudios Literarios. Para su creación, llegó a un acuerdo con la Fundación Rockefeller, que se encargaría de apoyar económicamente el proyecto en sus primeros años. La temprana muerte de Henríquez Ureña, en 1946, no fue obstáculo para que la idea siguiera adelante. La desintegración del Instituto de Filología de Buenos Aires supuso un fuerte impulso para el proyecto. Con la llegada del peronismo, su director, Amado Alonso, y muchos de sus colaboradores tuvieron que marcharse de Argentina y buscar otros lugares donde desarrollar su labor. Algunos de ellos terminaron en universidades estadounidenses. Fue el caso de Marcos A. Morínigo, que pasó a dar clases en la universidad del sur de California; Enrique Anderson-Imbert, en la de Michigan; María Rosa Lida, en la de Harvard, donde ya estaba Amado Alonso. Otros terminaron en universidades hispanoamericanas, como Ángel Rosenblat, que fue a la de Caracas; o Raimundo Lida, que pasaría a El Colegio de México<sup>47</sup>.

Ante el cierre del Instituto de Filología bonaerense, Alfonso Reyes se puso rápidamente manos a la obra y escribió a su amigo Amado Alonso para conseguir que llegaran a la capital mexicana algunos de los profesores expulsados de la ciudad del Plata:

Queremos echar un cable a los compañeros argentinos (y sobre todo, los del Instituto de usted, los Lida, acaso Anderson-Imbert, etc.) que

<sup>46</sup> Para estos párrafos, consúltese mi libro *Alonso Zamora Vicente: vida y filología*, Universidad, Alicante, 2010, pp. 354-359.

<sup>47</sup> “Ángel Rosenblat va a Caracas (Instituto Pedagógico Nacional)... Morínigo (despedido de Tucumán como todos menos uno, digo del grupo bueno) viene primero a Colombia y Yale con una beca de la Fundación Guggenheim... Raimundo Lida vendrá en seguida para México... Frida Weber... se quedará. También se quedarán la Sra. María Elena Vidal (en la imprenta dos tomos sobre el dialecto de San Luis), Rafael Moglia, ya próximo a la jubilación, Anita Barrenechea y otros ayudantes y colaboradores” (Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Cambridge, 7 de enero de 1947. Archivo Ramón Menéndez Pidal, Madrid).

podamos traer a México. Pero hay que agilizarlo todo, pues aquí entre el nuevo gobierno, el 1º de diciembre de 1946, y una institución autónoma como El Colegio de México tenemos que tomar medidas preventivas... Pero esta carta es sólo un anuncio de la correspondencia que van a emprender con usted desde ahora mismo, para tratar desde luego de todos los extremos que se ofrece, Daniel Cosío Villegas y Daniel Rubín de la Borbolla ambos secretarios del Colegio de México<sup>48</sup>.

La idea que tenía Amado Alonso –que cuenta en una carta a Menéndez Pidal– era continuar en El Colegio de México la labor que se estaba llevando a cabo en el Instituto de Filología de Buenos Aires:

Rehacemos dentro del Colegio de México el destartalado Instituto de Filología con Lida y Morínigo como núcleo inicial, y con el intento de entrenar mexicanos. Lida vendrá en seguida (Rockefeller da el dinero) y en seguida reiniciamos la *RFH* que se llamará *RHF*. Lida dará cursos de Filología. El nuevo instituto publicará los libros que Lida, Frida Weber, Moglia, Rosenblat y yo tenemos en marcha. Hereda mi proyecto de publicar con estudio los cinco o seis libros capitales de la filología española... Américo, Onís, Navarro y demás dan su apoyo. Lo hacemos así porque creo necesario tener un instituto de estudios españoles en tierra de habla española. Claro que no es salvar el árbol de Guernica, pero sí plantar un retoño del árbol tronchado... En México, Alfonso Reyes será el director del Instituto<sup>49</sup>.

Alfonso Reyes quería a toda costa que Raimundo Lida fuera a El Colegio para dirigir el Centro de Estudios Filológicos; su labor previa en el Instituto al lado de Amado Alonso lo convertía en la persona más adecuada para ocupar el puesto. El filólogo argentino, ante la situación en la que se encontraba su país, aceptó el cargo sin vacilar: “¡Pero claro que acepto! En ese sentido contesté ya hace mucho, por telegrama a don Alfonso y, según lo convenido, esperaba a mi vez otro telegrama definitivo de él. ¿Debo darlo por recibido? De todos modos, ya están en marcha mis documentos”<sup>50</sup>.

<sup>48</sup> Carta de Alfonso Reyes a Amado Alonso; México, 26 de octubre de 1946. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes (Madrid).

<sup>49</sup> Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Cambridge, 7 de enero de 1947. Fundación Ramón Menéndez Pidal (Madrid).

<sup>50</sup> Carta de Raimundo Lida a Amado Alonso; Buenos Aires, 9 de marzo de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes (Madrid). DANIEL RUBÍN DE LA BORBOLLA, secretario de El Colegio, en una carta a Héctor Pérez Martínez, de la Secretaría de Gobernación de México D.F., explica las razones por las que Lida llega a El Colegio de México: “El Colegio de México ha decidido ensanchar sus actividades científicas en el campo de la filología española aprovechando algunos recursos económicos que ha obtenido y la dispersión del personal del Instituto de Filología de Buenos Aires. Como usted estará enterado, algunos de los más distinguidos hombres de ciencias de este instituto argentino, han tenido que refugiarse en algunos países de América. La familia del Dr. Pedro Henríquez de Ureña se encuentra naturalmente en

Lida llegó a la capital mexicana en 1947. Una vez allí, su esfuerzo se dirigió principalmente en dos direcciones. Por un lado, continuar con la *Revista de Filología Hispánica* y, por otro, dotar al Centro de Estudios Literarios de una identidad y de unos contenidos semejantes a los que tenía el Instituto bonaerense. La última entrega de la *Revista de Filología Hispánica* había salido en junio de 1946<sup>51</sup>, y se quería que esa continuidad fuera inmediata, que no pasara mucho tiempo entre la publicación del último número en Buenos Aires y del primero en México. Dos fueron los problemas que se tuvieron a la hora de dar la citada continuidad. Uno de ellos, el nombre: muchos fueron los que se manejaron hasta dar con el definitivo de *Nueva Revista de Filología Hispánica*:

Nombre de la revista. A mí me parece bien RHF –le escribe Raimundo Lida a Amado Alonso–, pero a los dos directores les suena mucho peor que a Albertini, y proponen con grandísimo empeño *Revista Americana de Filología Hispánica*. No es muy gracioso el título, pero contrapesa la hispanidad con la americanidad, que es lo que aquí se busca. No les sonará mal a los norteamericanos; dice exactamente lo que la revista es, y hace juego con esta Biblioteca Americana=“hispanoamericana” proyectada por don Pedro y ya en marcha en el Fondo de Cultura... Si usted propone otro nombre, había que someterlo al arbitraje de Alfonso. Benichou y Monner Sans me decían que por qué no se llamaba *Nueva RFH* como la

---

México; el Dr. Amado Alonso y su familia se encuentran en los Estados Unidos y otros investigadores se han acogido al asilo que les brindan instituciones o países de América española. El Colegio de México, que desde hace algún tiempo había proyectado traer a 2 ó 3 de los más distinguidos filólogos, ha decidido contratar los servicios científicos del Sr. Don Raimundo Lida, argentino de nacimiento y filólogo distinguido para que se haga cargo durante dos años de la investigación filológica del Colegio de México, e imparta, a la vez, cursos del seminario de posgrado. Como al salir don Amado Alonso de la Argentina, el señor Lida quedó encargado de la revista de filología y como la serie argentina se ha cerrado con el último número de 1946, El Colegio editará una nueva serie, en la cual colaborará don Raimundo Lida aprovechando su experiencia editorial, hasta que encontremos una persona de nuestra confianza para que se haga cargo del trabajo” (México D.F., 7 de abril de 1947. Archivo de El Colegio de México. Residencia de Estudiantes, Madrid).

<sup>51</sup> “La *RFH* se sigue haciendo sin la intervención de Battistessa. Yo dejé cuatro números listos, y la sigo dirigiendo desde aquí con largas cartas semanales a Lida, que es el secretario... Si yo me quedo aquí, haré todo lo posible para que los del Instituto sigan trabajando y siga saliendo la *RFH*, aunque será inevitable que en gran parte será una publicación de aficionados, como le pasó a la *RFE*” (Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Boston, 29 de octubre de 1946. Fundación Ramón Menéndez Pidal, Madrid). No pudieron sacar muchos más números desde Buenos Aires, según le informa LIDA a Amado Alonso: “No parece que podamos sacar aquí ningún otro número. Battistessa insiste en demorarnos éste. No voy a intentar hablarle a Battistessa de RHF & RFH, él dirá que RFH va a continuar aquí. Los materiales me los llevo a Méjico, naturalmente, aunque Batt tiene en su poder el artículo de Bataillon y será difícil recobrarlo” (Buenos Aires, 8 de enero de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes, Madrid).

*Nouvelle Revue Française* o la *Nova Antología*. Pero no me convence mucho a mí, y nada a los Danieles, que no quieren ninguna vinculación formal con la antigua revista. A lo sumo, como atención a los lectores, hacer un índice del último tomo (incompleto) de RFH y distribuirlo con la primera entrega de la revista nueva<sup>52</sup>.

El otro problema era el de quién debía aparecer como director de la revista, si Amado Alonso en solitario o acompañado de Alfonso Reyes: “La dirección se resuelve que la lleve usted solo sin añadir mi nombre, pues ello desvirtuaría mi propósito. Lo cual no significa para nada que yo me desentienda de ella. Aquí estoy para tirar del carro con usted, como dos buenos hermanos que siempre somos. YA NO LO DISCUTA [las mayúsculas son del autor], por favor. Está resuelto”<sup>53</sup>. El presidente de El Colegio de México entendió que no debía aparecer como codirector de la revista y así se lo hizo llegar a Amado Alonso. Finalmente todos estos problemas se resolvieron y los puntos más polémicos de la nueva revista quedaron fijados, como informa Lida a Amado Alonso:

Don Alfonso me autoriza a asegurar a usted que en definitiva: 1º La revista se llamará *Nueva Revista de Filología Hispánica*. 2º Será trimestral. 3º Saldrá este año, Dios mediante, en julio-septiembre y octubre-diciembre. (Mi deseo es que no hubiese un año de pausa entre la vieja y la nueva RFH. Tenía esperanzas de que pudiéramos ponernos al día enlazando en julio de 1946, si trabajamos heroicamente varios meses como en 1939). 4º Podría llevar en pie de imprenta: El Colegio de México-Columbia University. Ya le escribo a Onís. 5º No está todavía previsto el apoyo económico para los anejos. Pero don Alfonso me promete que se va a resolver sin tardanza y que el primer anejo, por lo menos, podría salir este año<sup>54</sup>.

Con la fundación en El Colegio de México de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Alfonso Reyes cerraba un círculo que se había iniciado aquella agradable tarde otoñal del mes de octubre de 1914

<sup>52</sup> Carta de Raimundo Lida a Amado Alonso; México D.F., 5 de junio de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes (Madrid).

<sup>53</sup> Carta de Alfonso Reyes a Amado Alonso; México D.F., 6 de octubre de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes (Madrid). LIDA le da a Amado Alonso su visión del asunto y le indica que a Reyes no le interesa aparecer como director: “Director de la *NRFH*: Lo de su dirección exclusiva, sin Don Alfonso, delo usted por cosa hecha. Él no quiere aparecer porque: 1º no se siente director, y porque 2º a) ante los mejicanos no estaría bien que aparezca en segundo término, siendo presidente del Colegio y b) ante los filólogos del mundo entero sería disparate que apareciese en primer término y con presunciones infantiles que él no tiene” (Carta de Raimundo Lida a Amado Alonso; México D.F., 10 de octubre de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes, Madrid).

<sup>54</sup> Carta de Raimundo Lida a Amado Alonso; México D.F., 19 de junio de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes (Madrid).

cuando llegó a Madrid. Alfonso Reyes, uno de los grandes escritores mexicanos, además de una de las figuras más importantes de la política cultural y diplomática de México, acogía, en el seno de El Colegio de México, a la nieta de la *Revista de Filología Española*, que él impulsó durante los años de penuria y esfuerzo que pasó en Madrid. Si El Colegio de México se convertía de alguna manera en continuador de la labor filológica iniciada por el Centro de Estudios Históricos y seguida por el Instituto de Filología de Buenos Aires, la *Nueva Revista de Filología Hispánica* tomaba también la estela de la *Revista de Filología Española* y de la *Revista de Filología Hispánica*<sup>55</sup>.

MARIO PEDRAZUELA FUENTES

Centro de Ciencias Humanas y Sociales

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

<sup>55</sup> Una visión más detallada de las relaciones entre la *Revista de Filología Española*, la *Revista de Filología Hispánica* y la *Nueva Revista de Filología Hispánica* puede verse en MARIO PEDRAZUELA FUENTES, *op. cit.*